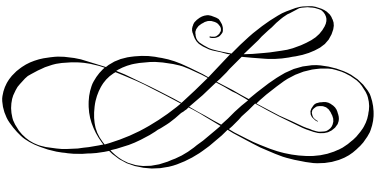
Cataclismo



Jaime Colom Valiente

Cataclismo

Cataclismo
Jaime Colom Valiente

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16359-51-6

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2014 Jaime Colom Valiente
© 2014 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de mi padre,
hombre feliz que me enseñó a imaginar.

Prólogo

La ilusión de un científico es imaginar lo que hay más allá del conocimiento. Del vértigo que provoca presentir un universo infinito, pasamos a la pesadilla de sabernos en algo sin principio ni final, para terminar aceptando la realidad: el misterio de existir. Si sólo la visión de un organismo vivo en su medio nos hace estremecer de ignorancia ¿qué ocurre cuando queremos imaginar los confines del universo? ¿Y cuando nos vemos situados allí? ¿Qué carambola cósmica ha hecho que un átomo se parezca tanto a un sistema estelar? ¿Será lo más grande lo mismo que lo más pequeño?

Si estas preguntas son molestas, lo que aterroriza es el hecho de que nunca llegaremos a saber dónde estamos. Por mucho que avance el conocimiento, si no salimos de un bosque no podremos ver cómo es. Igualmente, hasta que no salgamos del universo o enviemos una señal fuera, no podremos saber su forma ni su tamaño. Si entendemos por universo todo lo que existe y no queremos faltar a la lógica, nunca podremos salir de él y por eso nunca sabremos donde estamos.

¿Qué nos queda entonces, la amargura de vivir en la ignorancia? No. Saber que nunca alguien lo va a saber todo, no nos impide conocer cada día un poco más de nuestro entorno. La naturaleza no ha dejado de estudiarse a sí misma empujada por la curiosidad. Hace cuatrocientos años, Galileo sentó las bases de la astronomía observando el universo con su telescopio. Después Newton enunció en sus "Principia" las leyes que rigen la mecánica celeste. El propio Einstein, después de enunciar la Teoría de la Relatividad, convirtió sus postulados del espacio-tiempo en Agujeros Negros y Agujeros de Gusano, como formas de intuir la nada, el infinito y hasta el viaje en el tiempo. Recientemente

Hawking y sus colaboradores se han aventurado a describir el origen del universo en forma de una gran explosión o Big-Bang.

La mente utiliza lo que han esclarecido los antecesores e imagina lo que está por desvelar ¿Cómo será el fin del mundo? ¿Habrá que esperar a que se apague el Sol? ¿Desaparecerá la Tierra por una explosión provocada por los hombres o saltará en mil pedazos al chocar contra algo?

No es muy probable que la Tierra la destruya una guerra; siempre quedará alguien que reflote lo poco que quede después del último conflicto. Si no la destruye antes un cataclismo natural, la Tierra desaparecerá cuando se apague el Sol. Cuando la estrella agote el combustible, si es suficientemente grande, puede contraerse, atraer a los planetas y concentrar toda esa materia en un pequeño espacio, convirtiéndose en un Agujero Negro. También puede que se consuma y desaparezca transformada en energía, abandonando los planetas a su suerte, como rocas inertes que vagarán por el cosmos hasta caer en la órbita de otro astro o desintegrarse en una colisión.

Cataclismo es la historia del fin del mundo acaecido en el año 2962. Para entonces las guerras han reducido a la décima parte la población mundial. Las ciudades han sido reconstruidas bajo tierra y hace casi tres siglos que el dinero, considerado principal motivo de controversias, ha sido invalidado y prohibido en todos los países. Esta sociedad en paz e igualdad, donde ya no existe primero ni tercer mundo, recibe la noticia de que un bólido va a chocar contra la Tierra y provocará el apocalipsis. El dilema de luchar para destruir el aerolito o huir de la catástrofe, se ve complicado con la presencia de una secta mafiosa, que aprovecha el anuncio del caos para re-implantar los negocios. Las descomunales distancias que se recorren en el cosmos, unidas a los avances tecnológicos, conducen la aventura entre el Tele-transporte, el control del envejecimiento, los viajes en el tiempo y el salto entre universos. Conceptos que en el siglo XXI son vagamente manejados por una minoría indefinida entre la ciencia y la ficción, en el siglo XXIX son las herramientas para conquistar el cosmos.

Con las ganas de saber y sobre todo con las ganas de vivir como impulsores, los protagonistas de Cataclismo transforman su modo de vida para adaptarlo a la gesta que debe salvar a la humanidad. Se presentan nuevas formas de organización y de toma de decisiones. Los conceptos de familia y educación han cambiado mucho en mil años, así como la noción de libertad y la escala de valores. En una avanzada sociedad modelada a golpe de sentido común, lejos de intereses particulares, se vive en la equidad, igualdad de oportunidades y con una libertad generosamente extendida a los recovecos de la mente; de forma que las mayores restricciones sociales van dirigidas a proteger a las personas de la manipulación.

Juntando los conocimientos del pasado con lo que imaginamos en cada momento, se puede no sólo saber más, sino vivir más. Imaginando es posible habitar mundos distintos al conocido y viajar hasta ellos más rápido que la luz. Sólo quien imagina es capaz de evolucionar. Imaginando el cataclismo que conducirá al fin del mundo, podemos evitarlo. Sin duda habrá personas que esto no les importe, pero seguro habrá otras que, no sólo disfruten viviendo lo que podía haber sido el fin de sus días, sino que esta vivencia les dará la oportunidad de vivir por segunda vez, o incluso sobrevivir al fin del mundo.

Jaime Colom Valiente

Primera Parte



Capítulo I

Nueva York, mayo de 2869

La locomotora lanzó un cúmulo de vapor al tiempo que silbaba, como lo había hecho mil años atrás en Utah al llegar al lugar donde se juntaban las dos líneas de ferrocarril más modernas del mundo. La Júpiter, que arrastrara entonces el primer convoy hasta el emblemático lugar, había sido reconstruida diez siglos después para conmemorar el gran acontecimiento. Aquel diez de mayo de 2869, doscientos lustros después de fundarse la primera línea ferroviaria de USA, Sarah se encontraba en el subnivel cero de lo que antaño había sido la Estación de Pennsilvania. Cuando un jefe de estación vestido a la manera de la época se disponía a dar la salida al tren del milenio, el gentío se amontonaba en torno a las réplicas de la impresionante locomotora y sus vagones, que más se parecían a una familia de animales prehistóricos que a un medio de transporte.

Sarah Chen había acudido a presenciar el acontecimiento con la esperanza de que le sirviera para redactar su trabajo de fin de carrera. Una estudiante de periodismo, oriunda de Hong-Kong y a la sazón en Nueva York haciendo prácticas no podía pedir más. Aquello le interesaba y le venía como anillo al dedo para sus estudios. Su mirada despierta y su media sonrisa alumbraban un rostro gracioso cubierto de pecas, que pregonaba su ilusión desbocada por saber lo que había acontecido en otras épocas.

Un horror, esto no hay quien se lo crea —pensaba sin quitar la vista del armatoste, imaginando cómo sacarle partido a aquel acontecimiento— *¿a qué se parece esto? ¿Cómo lo cuento? ¿Me gusta? Bien compuesto, puede ser un estupendo ensayo. Insólito a todas luces pero estupendo.* La chica se mordía el labio intentando sujetar la sonrisa que le escapaba del rostro a medida que encajaba aquel acontecimiento en su tarea.

En aquella época muy poca gente se interesaba por la historia, pero a ella la cautivaban la forma de vida y las costumbres de los hombres siglos atrás. La lectura de los clásicos y las películas antiguas que visionaba en la red le suministraban un compendio de situaciones y acontecimientos que competían en su persona con el mundo real.

Se acercó a un grupo donde destacaba un funcionario uniformado que explicaba el evento.

—...Hay muy poca documentación de vehículos de aquella época. En el siglo XXIII lo destruyeron todo. Para reconstruir el tren y el carril ha habido que utilizar información prohibida, bloqueada por la policía. Casi toda la documentación que queda proviene de fuentes clandestinas.

—¿Cómo es posible que haya tan poca documentación? —preguntó Sarah interrumpiendo la explicación.

—Probablemente porque se dedicaban a quemar los árboles para andar de un sitio a otro —contestó el cicerone—. La verdad es que es un milagro que la Tierra sobreviviera a cosas como esta —dijo señalando la máquina de tren.

Sarah miraba la locomotora y susurraba trasladando los comentarios y las imágenes a su kiik mediante un archivo con un formato de última generación. Como a todas las personas, al nacer se le practicó un hueco en el cráneo, donde le implantaron un chip para procesar información y comunicarse durante toda la vida. El kiik, "komputilo interno informo konekto", era el tataranieto más joven de los legendarios pc y teléfono móvil, inventados en América a finales del siglo XX. El kiik permitía escuchar y visualizar emisiones de radio y televisión, entrar en la red y comunicar por videoteléfono, además de registrar imágenes y sonido. Adelantos como este se debían a la época de esplendor que

atravesaba la Tierra. Hacía más de dos siglos que la humanidad estaba en paz.

Esgrimiendo sus credenciales de estudiante de periodismo, Sarah se acomodó en un vagón.

—¿De dónde habrán sacado esto? —preguntó a una chica—, una habitación con ruedas ¡Ja, ja, ja! Parece traída de otro planeta ¿no?

—Fíjate, así vivían... ¿para qué tanto colgante y tanta tela? Paredes hechas con trozos de árbol, esto es una verdadera locura...

Sarah visitaba la reproducción de uno de los vagones más antiguos de primera clase del Unión Pacífic, cuyo interior se asemejaba a un saloncito del siglo XIX. Registraba en su kiik todo lo que oía: los materiales con que estaba hecho, las líneas más importantes de ferrocarril de aquella época, la velocidad que se alcanzaba, el número de pasajeros que podían transportar...etc. También hablaron de los riesgos y los frecuentes accidentes que provocaban al principio lo que llamaban trenes y la ignorancia que había entonces respecto a los impactos ambientales. A medida que escuchaba, Sarah tejía la estructura del ensayo que, ya con seguridad, impactaría al tribunal de su graduación. Por la ventanilla observaba los rostros de los que presenciaban el acontecimiento, como niños asistiendo a un espectáculo. Se le escapó una carcajada, se recostó en el asiento y colocó las piernas en el de delante, no acertando bien con la postura.

Vaya asientos más pequeños y más duros —pensaba Sarah— *¿Por qué la postura natural de las personas era estar sentado?* Después de dar varias vueltas en el tren del milenio, cansada de las sacudidas y bandazos, bajó y se alejó en dirección sur hacia la Bahía Superior, que era sólo un entrante de mar al continente pleno de vegetación salvaje.

El crepúsculo terminó de componer su trabajo. La luz declinaba alargando las sombras del bosquecillo de abedules que circundaba y el firmamento era una paleta de rojos manchada de nubarrones que cedían al atardecer. Ese juego de colores y sombras era lo único que quedaba de lo que había sido diez siglos atrás la ciudad de Nueva York. Con un pie sobre una roca de la ribera, rodeada de juncos, vislumbraba frente a ella la Isla Libertad, un farallón desnudo de artificios y poblado

de vegetación en mitad de la ensenada. Mientras la crónica del tren alborotaba su mente, Sarah se deleitaba en su soledad.

En el siglo XXIX la evolución había convertido a los humanos en seres solitarios. La sociedad potenciaba a la persona como individuo y la manipulación de colectivos estaba estrictamente prohibida. Los grupos sectarios habían quedado atrás desde que, a finales del siglo XXVI, se firmara el Armisticio del Bósforo como fin a la guerra contra el Islam. Entonces las naciones más poderosas se comprometieron a erradicar las diferencias sociales, con lo que, dos siglos más tarde, habían desaparecido segundo y tercer mundo. Por su parte, los musulmanes se comprometieron a respetar a los agnósticos y a eliminar las prácticas ancestrales del Corán que supusieran faltas de respeto a la propia persona, al prójimo o al medio, como habían hecho todos los estados y el resto de las religiones dos siglos antes, durante el esplendor del imperio Chino. La consecuencia de esto fue la práctica desaparición de todas las sectas religiosas, culturales y políticas en menos de cien años.

El milenario del ferrocarril era una bomba para Sarah. Solitaria miraba la Isla Libertad imaginando en ella el gigantesco emblema que presidiera la ciudad y el continente entero durante más de doscientos años *¡Ahí estaba ella entonces! mirando impasible con su faz helénica ¡Cómo me gustaría que siguiera allí! ¿Por qué no habré nacido en el siglo XXI? ja, ja.* El icono había cautivado a Sarah desde que, de niña, su madre se lo mostrara en un cuento de un magazine infantil. Lo visionó repetidas veces durante años y en cuanto tuvo ocasión viajó a la que había sido capital del progreso mil años atrás. Siempre que podía se acercaba a la ensenada a imaginar la estatua. Ahora buscaba nerviosa en la red imágenes del Nueva York del siglo XX desde el mismo lugar en que estaba. Nerviosa pasaba de un magazine a otro, alternando las figuraciones de la libertad con la crónica que tenía que escribir.

Fantástico, será un ensayo fantástico: Las agresiones al medio analizadas desde un ferrocarril milenario, que da la vuelta al planeta deslizando sobre dos vigas, quemando biomasa, taladrando montañas y colgado sobre ríos y barrancos. Ja, ja...

Borracha por el ruido de la marejadilla, sonreía imaginándose ya en su tren. El recuerdo de la Estatua de la Libertad había dado paso a la ilusión por el trabajo y en su kiik saltaban las secuencias de películas clásicas donde aparecían locomotoras de vapor. La ilusión por lo viejo y desconocido era el generoso premio que la naturaleza brindaba a Sarah a diario. Conectó también con una emisora local de música, que sonaba como fondo de las imágenes y los comentarios de la jornada en la calle. Componía su trabajo imaginando cómo se desenvolvería entrevistando a gente mil años atrás. Su mente volaba en un maremágnum de ideas e imágenes. Cuando un tren parecido al que había abordado un rato antes surcaba la selva birmana a punto de entrar en el puente de madera sobre el río Kwai, la emisora interrumpió la música, un silbido intermitente la advertía de que se iba a comunicar una importante noticia.

El mar lamía los cantos rodados de la línea de costa. Sarah entornaba los ojos expectante. En su retina se mezclaba el Puente sobre el Río Kwai mil años atrás con el Islote Libertad del momento, cercado de un mar de dudas *¿Qué noticia se habría producido para interrumpir las emisiones?* Si su semblante hubiera retrocedido ocho siglos habría ido a dar al porche de una facultad de periodismo del Hong Kong del siglo veinte, enfundada en unos tejanos ajustados y cubierta con una camisa comprada al peso. Le interesaba todo, pero no compartía nada. Era progre fuera de sitio, alegre como ella sola e incómoda como ninguna. No era de esas muñecas que andan al son del que va delante. Le había tocado vivir una época de esplendor. Ella sabía que no sabía nada, intuía que el paso del tiempo había enterrado valores que había que desenterrar a toda costa. Sarah Chen era una mujer oriunda del mundo, tocada con una gracia cósmica que iba a rescatar para los humanos lo mejor de las peores épocas del planeta.

"Se interrumpe esta emisión para ofrecer una importante noticia de última hora: La Agencia Espacial Oriental ha pasado un comunicado a la Oficina de Naciones Unidas en el que asegura que un bólido, de tamaño similar a la tierra, se dirige al sistema solar a una velocidad fantástica...".

—¿Queeee? —exclamó Sara soltando las dos tabletas de proteína que llevaba en la mano.

El grito desencajado hizo que dos córvidos, que compartían con ella el atardecer, levantaran el vuelo.

Acaban de tumbarme la crónica —pensó con los ojos entornados.

El computador-emisora, sintonizado en el canal "Música 3", seguía lanzando al aire la nueva:

"...al parecer, un aerolito de grandes dimensiones, sacado de su órbita por la explosión de una nueva estrella, sigue una trayectoria que se encontrará con la órbita terrestre...".

Capítulo II

Núremberg, mayo de 2869

—¿Está contrastada la noticia? —preguntó Monique.

—Sí, con seguridad. Acaba de anunciarlo también la Agencia Europea.

Así confirmaba Amadeo a su tutora la información que llenaba los medios de comunicación aquella mañana. En el Centro Europeo de Desarrollo Espacial, CEDE, se recibía con escepticismo la noticia: Un planeta de otro sistema, salido de su órbita, seguía una trayectoria que, en unos años, lo haría colisionar contra la Tierra.

Amadeo Stein era un joven de veinticinco años que desarrollaba su primera actividad como físico aeroespacial en el departamento de propulsión del CEDE. Con la llegada de la paz hacía ya más de dos siglos, la ciencia y la tecnología avanzaron tanto, que las enfermedades y el envejecimiento estaban controlados casi al cien por cien y el riesgo de accidentes era muy bajo. Entonces la exploración del cosmos se convirtió en objetivo número uno del quehacer humano.

El CEDE se hundía en el corazón de Europa, en una planicie próxima a la localidad de Kirchensittenbach, al noreste de Núremberg. Cuando los humanos se dieron cuenta de que respetar la Tierra tal como era, satisfacía mucho más que manipularla, se acordaron unas normas internacionales de construcción de viviendas y producción de bienes, que preservaban el Planeta Azul de cualquier agresión. Una niña del siglo XXIX, a los siete años, sabía que romper una planta por

capricho era igual de grave que agredir a una amiga. Con esta filosofía como telón de fondo, a partir del siglo XXVII, todas las construcciones se hacían bajo tierra. Se horadaba el suelo en forma de túneles y galerías, donde se ubicaban las viviendas y establecimientos. A la superficie se la denominaba "nivel cero" y, salvo los portales de acceso a las surbo, o ciudades subterráneas, el resto de la superficie estaba salvaje o cultivado. Quien quería disfrutar de la naturaleza la tenía entera a su disposición. Ni propiedades ni edificios le interrumpían el paso en ninguna parte. Se podía dar la vuelta al mundo sin tropezar con artificio alguno.

Amadeo y su tutora se encontraban en el laboratorio de propulsión del CEDE, en la caja de Amadeo, un habitáculo de paredes transparentes con una mesa larga elevada junto a la pared y un envase para desechos como todo mobiliario. Él permanecía quieto y ella daba pasos arriba y abajo jugando con un pequeño objeto; un puntero láser que llevaba siempre entre manos.

—¿Un choque entre dos planetas? No lo entiendo —él hablaba con la vista perdida—, intento imaginarlo y no me cuadra... es algo sin precedentes.

Al mismo tiempo que el gusanillo placentero de la incertidumbre recorría sus entrañas, Amadeo era asaltado por los recuerdos de su infancia. Se veía en la superficie, encaramado a su árbol preferido convertido en nave espacial, viajando por el cosmos. Luchaba por volver a la realidad con su tutora, pero su mente derivaba inconsciente a vivir ese fin del mundo anunciado mucho antes de producirse. *Si yo detectara un bólido acercándose a la Tierra...* Entonces se convertía en el anciano consejero más anciano de todos y emitía su juicio. Las secuencias de toma de decisiones volaban en su entelequia, justificando con sus conocimientos hasta el último detalle de sus resoluciones. Mientras tanto su tutora le hablaba:

—Los planetas son sólidos y se mueven, nada impide que choquen ¿Por qué te sorprende tanto Amadeo?

—Porque no ha ocurrido nunca... y el universo es infinito —afirmó él sonriendo con expresión ingenua.

Tras unos segundos la razón asomó al rostro del joven científico:

—...Que sepamos nosotros, claro.

Amadeo tenía la vista perdida en el infinito. La secuencia de su infancia en la nave espacial se resistía. Él quería seguir diciendo a las gentes lo que tenían que hacer después del anuncio del fin del mundo, pero su tutora seguía sujetándolo en lo que acontecía. De repente oyó una voz: *¡Vamos a colisionar, vamos a colisionar!* Entonces volvió a la ficción convertido en responsable absoluto de aquel fin del mundo prematuro. Visionaba naves espaciales repletas de gente, preparadas para abandonar la Tierra, ancianos voluntarios decididos a morir en el fin del mundo... Todo aquello pasaba por su mente en los escasos segundos que empleaba su tutora en contarle lo que pasaba, con los pies en la Tierra y la cabeza en su único objetivo: su salvación.

—¡Míralo, ya está soñando! —ella le habló enérgica, como hacía siempre que lo sorprendía con la vista perdida— ¿Dónde estás Amadeo? Baja a la Tierra hombre. Ha habido varias alarmas de meteorito en los últimos diez años —señaló Monique—. El hecho de no tener documentación de ninguna colisión no quiere decir que no se hayan producido millones.

La tutora jugueteaba con el puntero, donde tenía habilitado el teclado de su kiik. Mientras hablaba lo pasaba entre los dedos de forma automática y con gran habilidad. Nadie sabe lo que habría sido de sus colegas y colaboradores si la doctora Monique no aliviara sus energías con aquel trebejo.

—Esto se sale de lo corriente Monique ¡Es la Tierra! ¿Te imaginas que fuera cierto y chocáramos contra otro planeta igual de grande?

Mientras hablaba, Amadeo sacó del bolsillo una tarjeta como las de crédito y accionó el botón que tenía en el centro antes de dejarla en el suelo. La tarjeta emitió dos rayos láser oblicuos, dibujando entre ellos un monitor. Después de ampliar la imagen virtual estirando de los extremos, en la pantalla negra destacaba un punto brillante.

—Ahí está. No es un meteorito, lo han identificado como un planeta —dijo ella después de leer la noticia en la parte baja de la pantalla.

—Pero... no se puede saber con seguridad ¿no? —preguntó él— he consultado ya más de cien magazines...

—Deja de revolver documentación Amadeo. Voy a recoger más información —respondió la tutora—. Continúa con tu proyecto y olvida el bólido, esto está muy difuso aún. Hay que aclarar lo que pasa realmente, de primera mano.

Pasión era lo que sentía Amadeo por lo desconocido. Ya de niño, en las noches claras, solía tumbarse en la superficie y perderse entre las estrellas. Nunca decidió ser cosmonauta, lo fue desde sus primeros pasos; la idea de lo que acontecía a cada instante allende alcanzaba su vista y su imaginación, ocupaba desde entonces su quehacer diario. Su ilusión por conocer lo que había más allá le llevó a imaginar miles de travesías espaciales montado en una imaginación tan verosímil, que tropezaba con el impedimento real que limitaba los viajes tripulados por el cosmos: el abastecimiento de combustible. Por ello, desde que terminó sus estudios, la doctora Monique le tutelaba un proyecto de investigación en el que estaban desarrollando una forma nueva de transportar combustible a largas distancias.

Por su parte, la doctora Monique Van Pelt era Física nuclear. Fue astronauta hasta los sesenta años y a la sazón se responsabilizaba del departamento de propulsión del CEDE. Era una científica de vocación y transmitía la ilusión por el estudio del cosmos a su equipo de colaboradores. Después de comentar la noticia con Amadeo, se dirigió al subnivel cinco, la planta más profunda del CEDE. En el centro de una habitación vacía había un hombre alto de cabello cano, estaba de pie tomando una bebida caliente sin dejar de observar la pantalla que se perfilaba en el aire frente a él.

—Tiene mala pinta Monique —dijo el individuo antes de que la recién llegada le preguntara—. Los chinos no lanzan un bombazo de esta envergadura si no están seguros.

—Pero es imposible saber detalles. No se conoce rumbo ni velocidad —dijo ella—, no sé cómo se atreven a...

—Saben más de lo que dicen —interrumpió él—. Hace una semana que el telescopio Jíng envió imágenes de la trayectoria del bólido.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó ella sorprendida.

Su jefe se limitó a mirarla de soslayo con expresión seria. Al poco volvió a mirar a la pantalla y contestó.

—Hay una línea segura entre los chinos y los responsables de las centrales espaciales de todo el mundo.

—Pero el Jíng orbita fuera del sistema solar. Eso está muy lejos para poder asegurar que chocará...

Monique hablaba abriendo y cerrando los brazos mientras rondaba nerviosa por la habitación. Los años en el espacio no habían aplacado un ápice su carácter colérico, que trataba de esconder pero que siempre afloraba.

—¡...Y encima ellos! Los chinos ¡Siempre los chinos! —dijo deteniéndose—. No me lo creo Esteban. Estamos mejor preparados que ellos y no hemos detectado nada...

Monique hablaba con indignación dando vueltas en torno al hombre, que tecleaba la pantalla sin prestarle atención.

—No saben nada —prosiguió ella—. Es increíble que se hayan atrevido a publicar semejante noticion sin estar seguros. Lo he dicho muchas veces ¡Son unos inmaduros! ¿Te imaginas la que están organizando a nivel mundial? Y todo por un vulgar meteorito ¡La gente se está creyendo que es el fin del mundo Esteban!

La doctora subía el tono de voz y ensombrecía el semblante henchida de rabia al ver que los orientales se les adelantaban en un acontecimiento de aquellas dimensiones, que no podía ser más acorde con su especialidad.

—No se trata de un vulgar meteorito Monique, ni de un asteroide del cinturón solar...

—Ya lo sé —interrumpió ella—. Dicen que es un planeta... Como la Tierra ¡Casi nada!

El hombre de pelo cano, que atesoraba más información que nadie en aquel establecimiento, caminó despacio hasta el cubo de desechos, tiró el vaso y giró sobre sus talones para mirar a su colaboradora.

—Esto son palabras mayores Monique. Si el Jíng ha descubierto un bólido a esa distancia y los resultados que arroja el cómputo de su trayectoria son reales...

Entonces abrió los ojos desmesuradamente y apretó los labios, dejando las conclusiones a su interlocutora.

* * *

—¿Has visto algo más en la red?

Monique preguntaba a Amadeo mientras salían del CEDE a la superficie.

—No he visto nada, hace un rato me has dicho que lo dejara —contestó él.

—¡Pues hay que saber qué es lo que pasa! Parece que la cosa está más clara de lo que parece. En la Agencia Oriental conocen detalles, mucho más de lo que dicen.

Al poco de iniciar el paseo el camino se adentraba en un bosque. Amadeo silbaba imitando el canto del mirlo hasta que las aves le contestaron. Mientras su tutora le daba detalles de la búsqueda de información él entablaba un diálogo musical con los pajarillos del bosque.

—Déjate ahora la música y dime cómo vas a compaginar tu proyecto con la noticia del bólido. Necesitamos estar al tanto.

Él regaló una abierta sonrisa a su jefa antes de contestarle:

—No lo sé. La verdad es que si se confirma la noticia tendré que dedicarle todo mi tiempo.

—Imagínate que ya se ha confirmado. Sinceramente, no creo que alguien sea capaz de ventilar una información como el fin del mundo sin tener plena seguridad.

Los pajarillos picoteaban el silencio que provocaron las palabras de Monique.

—Y mucho menos dicha por científicos —corroboró Amadeo ralentizando el paseo y la cadencia de sus palabras, que desembocaron en otro denso silencio.

Al volverse hacia su pupilo, Monique descubrió dos ojos castaño hinchados perdidos en el infinito, a punto de salirse de un rostro desencajado por la emoción. Si el mono que vestía no le hubiera cubierto la piel, ella habría podido comprobar que Amadeo tenía el vello de

punta. Los pajarillos, al no verse contestados, callaron también. El silencio se resistía. Ella volvió a mirarlo con sonrisa socarrona. Entonces él habló:

—Lo primero será saber cómo ha podido suceder y por qué ¿Vendrá el bólido de la explosión de una estrella supernova? —dijo él mirándola.

—¿Qué dices Amadeo? Lo primero será ver la forma de poner a salvo el pellejo ¿no crees? —contestó nerviosa—. Imagino que ya habrá mucha gente trabajando en hipotéticas soluciones al caos. Tenemos que hacernos con una lista de alternativas plausibles. Es importante que dediques todo el tiempo posible, pero sin dejar el proyecto DFT. No sé por qué me da la impresión de que lo vamos a terminar mucho antes de lo previsto ¿No te parece?

—Todo. Hace falta todo —dijo él sin quitar la vista del infinito.

Amadeo hablaba con los ojos desmesuradamente abiertos, intentando contener el torrente de emociones que estaba a punto de desbordarle. Aún no hacía veinticuatro horas de la noticia y ya se había visto en todas las situaciones que aquel insólito acontecimiento podría suscitar. En el paseo se cruzaron con dos compañeros del CEDE. No se hablaba de otra cosa y el escepticismo era la nota dominante, igual que le había pasado a ellos hasta que Monique hablara con Dato.

Al final de aquella jornada, cada uno en su casa, mientras Monique ordenaba en su mente las formas lógicas de evadir la catástrofe, Amadeo componía al piano las mil maneras posibles de génesis del bólido. La noticia había abierto una brecha científica en su creatividad artística y antes de dormir, mientras imágenes de explosiones de estrellas en tres dimensiones llenaban su sala holovisora, las cientos de carambolas necesarias para que el bólido colisionara contra la Tierra se tornaban notas musicales en su teclado virtual y, a través de sus oídos, se ordenaban en su kiik componiendo una extraña sonata que meses más tarde titularía: Preludio al fin del mundo.

Capítulo III

Nueva York mayo de 2869

La impresionante noticia había sorprendido a Sarah Chen mientras se deleitaba en el atardecer de Nueva York, mirando la Isla Libertad y buceando en documentos del pasado para empaparse de los ferrocarriles del siglo XIX.

¿Puedo imaginar lo que significa eso de que el *meteorito cruzará la órbita terrestre?... si chocan será...*

No se atrevía a pensar lo que quería decir aquello. Pero como en un ademán de magia, del vértigo pasó a la acción.

¿Una crónica del fin del mundo? Y yo sin el título de periodista aún... ¡Al fuego con locomotoras del pasado! Una crónica del fin del mundo, ese debe ser el tema de mi graduación.

Casi no había luz cuando abandonó la ribera y volvió sobre sus pasos. Cuando se dirigía a su apartamento, la crónica del fin del mundo se le antojó como algo que sería utilizado por todos los periodistas. Ella quería que ocurriera aquello. Era una barbaridad, pero de niña siempre había soñado protagonizar un acontecimiento importante y por primera vez se cruzaba uno en su vida. Cuando llegó a casa tomó unos comprimidos nutritivos con una infusión y se acostó.

A la mañana siguiente comunicó por kiik con Hong-Kong cuando allí atardecía, primero con su madre y luego con su amiga Liz, que era algo mayor que ella y ya era periodista.

—¿Sabes algo de lo que está pasando Liz? —preguntó Sarah.

—Parece que algo va a chocar realmente contra la Tierra —contestó su amiga—. Quiero conseguir una actividad relacionada directamente con el asunto. Ahora mismo voy camino a la central de policía.

—Entonces... ¿tú crees que ha llegado el fin del mundo? —preguntó Sarah.

—El fin del mundo, pues sí —respondió Liz—. Tal como lo están contando, cuando ese bólido, o lo que quiera que sea, choque contra la Tierra, la hará pedazos. Se desintegrará y desapareceremos para siempre. Pero, si te digo la verdad, aún no he pensado en el asunto. Lo que más me interesa ahora es conseguir meter las narices en la policía. Creo que van a crear miles de puestos para periodistas.

—¡Cómo te envidio Liz! me gustaría haber terminado ya. Ahora estoy preparando el trabajo de fin de estudios, una crónica.

—¿Qué vas a contar?

Sarah detalló a su amiga el acontecimiento del tren milenario. Una noticia golosa para un examen. Por lo insólito del evento y porque era una de las pocas veces que se había alterado la superficie, ya que era imposible hacer funcionar una antigua locomotora dentro de la surbo.

—...pero con la noticia que se ha producido, esto ya no es impactante Liz —terminó diciendo Sarah contrariada.

—¿Por qué no la juntas con la noticia del fin del mundo? —le propuso su amiga—, puedes inventar una historia fantástica entre las dos cosas.

—¿Cómo qué?

—No sé, primero describes el tren ese que has visto, la gran cafetera echando humo con sus coches sujetos detrás, los niños llorando de miedo... y luego, al dar la primera vuelta, en vez de volver al comienzo, se pierde —dijo Liz riéndose.

—¿Y dónde va a parar? —preguntó Sarah.

—¿Qué se yo? Al encuentro del bólido, para chocar con él y evitar que se nos eche encima... ja, ja.

Liz terminó con una sonora carcajada.

—No le veo interés a eso —respondió Sarah— además me lo pueden tumbar por no cumplir las medidas de seguridad. Si describo un vehículo de más de cincuenta metros de largo, que corría por la superficie de la Tierra quemando biomasa, pero que hoy ahorraría miles de autos-hora en el espacio aéreo, puede incitar a ser reconstruido. Y eso sería una porquería para La Tierra.

—Yo creo que debes terminarlo y presentarlo —dijo Liz—. Lo del fin del mundo va a dar mucho de sí. Probablemente los científicos elaborarán un plan para desviar el bólido y evitar el choque.

—¿Tú crees? —preguntó Sarah.

—Estoy segura ¿por qué no van a ser capaces de desviar un trozo de roca en el espacio?

—No lo sé— contestó Sarah—. Mi madre me ha dicho que hace mucho tiempo que se saben cosas. La gente que trabaja en los observatorios comenta el tema del caos, pero todo está muy confuso. La pobre mujer se ha pasado todo el día llorando, porque no sabe si me volverá a ver.

En ese momento, un silbido y una pequeña imagen en la retina, indicaron a Sarah que su madre quería hablar con ella.

—Liz, me está llamando mi madre ¿te importa que la agregue?

—Para nada, encantada. Si quieres cierro yo.

—No. Mamá, está Liz Park en línea también. Dime.

—Sarah, hija, tienes que venirte. Acaban de confirmar la noticia del fin del mundo y dicen que buscan periodistas en el observatorio, tú puedes desarrollar tu actividad aquí.

—No soy periodista todavía mamá...

—Es igual hija, dicen que puedes terminar e incorporarte a una actividad aquí, en el observatorio de Hong-Kong.

—No mamá. Las cosas tienen que seguir su curso. Debo terminar el post-grado aquí, regresar luego a Hong-Kong y esperar que me asignen actividad.

—Pero yo quiero que vengas. Inténtalo por lo menos. Con todo lo que dicen que va a pasar ¿Qué se te ha perdido allá en el otro lado del mundo hija?

La madre terminó sollozando. Sarah comprendió que su madre la necesitaba. Además su amiga Liz estaba a punto de meterse profesionalmente en el tema del cataclismo. Si hacía un viaje a Hong-Kong podría estar unos días con su madre, rechazar correctamente el ofrecimiento del observatorio y, si se cumplían los planes de su amiga, enterarse de los detalles del supuesto cataclismo, de primera mano.

Sarah solicitó el viaje a Hong-Kong y se lo concedieron a cambio de tres meses más de prácticas de post-grado. En el siglo XXIX no se pagaba dinero por las cosas ni por los servicios. En el año 2680, ochenta y un años después del tratado de paz, se cerró el último banco de China y se invalidó el dinero en todas sus formas. La moneda, las acciones y la letra de cambio dejaron de tener valor. Entonces bienes y servicios volvieron a canjearse como se hiciera cuarenta siglos atrás. Lo que antaño había fracasado por la imposibilidad de acoplar los trueques a las necesidades, los sofisticados programas informáticos lo hicieron posible y la sociedad prescindió del dinero. Sarah quería viajar a Hong Kong desde Nueva York casi por capricho. El viaje no constituía problema, pero ocupaba un espacio aéreo que estaba cuidadosamente organizado por necesidades y turno de demanda. La alteración de la ecología de ese espacio sin un motivo justificado, obligaba a un servicio compensatorio impuesto por el gobierno. Como Sarah era de nacionalidad China, era el gobierno chino quien tenía que gestionar el desplazamiento. Solicitó el servicio a través de su kiik cumplimentando verbalmente un formulario y antes de una hora tenía asignado un plan de viaje.

Para ir de Nueva York a Hong Kong la chica dispuso de un auto, que recogió en el parkadzono. A las afueras de la surbo, en el primer subnivel, se extendían cuatro inmensos garajes a los que se accedía por otras tantas rampas. Allí se dejaban ordenados los autos, vehículos que circulaban por el aire y servían para cubrir grandes distancias. No uti-

lizaban combustible; para moverse se servían de un propulsor magnético, un imán de un solo polo que interactuaba con el campo magnético de la Tierra. Polimán había sido ideado por el español Navarro en el siglo XX y no se había utilizado hasta finales del siglo XXVII. Para cubrir los casi trece mil kilómetros que hay entre las dos ciudades, el servicio de desplazamientos fijó la salida a las siete horas siete minutos y le asignó un vector sur-norte a una altura de crucero de mil quinientos metros. A las seis y cuarto salió del apartamento y se dirigió por su galería hasta el elevador, que la trasladó, junto con varias personas más, al subnivel uno, donde tomó una cinta transportadora que, diez minutos más tarde, la dejó en una de las colas de entrada al parkadzono. El subnivel uno de la Nueva York Surbo se asemejaba mucho a un centro comercial del siglo XXI. La cinta transportadora, de más de tres metros de ancha y con desvíos para entrada y salida, discurría por el eje de la galería repartiendo y recogiendo gente a primera hora de la mañana.

—Buenos días. Sarah Chen. —Dijo al funcionario que controlaba la entrada, con los ojos entornados leyó en voz alta el código de viaje en su kiik y palpó una superficie con la yema del pulgar.

Tras comprobar los datos, el funcionario le extendió una tarjeta.

—Que tenga un buen viaje señorita Chen.

—Gracias.

El vehículo era un casquete esférico transparente, de unos tres metros de diámetro, apoyado sobre una peana que contenía el propulsor. Sarah introdujo la tarjeta en una ranura y el casquete se abrió a la vez que se oían unas palabras de bienvenida. El centro del vehículo estaba ocupado por dos camillas acolchadas en posición vertical. En el brazo izquierdo de cada una había dibujado un cuadrado con un punto verde y debajo una cajita roja sobresalía con el anagrama de emergencia. Sarah estaba colocando el equipaje detrás de los acomodos cuando llegó el compañero de viaje, un joven de parecida edad con una gran maleta.

—Buenos días ¿me das tu maleta y la coloco aquí? —ella se ofreció.

—Gracias, eres muy amable. Imagino que vuelas también a Hong Kong ¿no?

—Sí...

La aparición de una pantalla intermitente interrumpió a Sarah. Comprobó la ruta y otros detalles del viaje. La llegada a Hong Kong estaba prevista para las nueve y cinco, unas dos horas de vuelo, que a la altura que le habían asignado y con el parte meteorológico anunciado, harían del viaje una delicia.

A las siete y cinco, dos cinturones de seguridad virtuales, de tamaño doble que el real, se dibujaron en el espacio del vehículo parpadeando con un agradable sonido. Los dos viajeros apoyaron la espalda contra el acomodo y se abrocharon el cinturón. En el siglo XXIX los humanos no se sentaban ni se tumbaban más que para dormir. La posición natural era de pie. Así el cuerpo regulaba mejor el aporte de calorías. Los deportes y la gimnasia habían desaparecido de forma natural al llevarse el dinero las enfermedades provocadas por el estrés y la ansiedad. En el Post-lapazo tampoco necesitaban los humanos la competición para verse realizados como personas. Ninguna actividad en la que se midieran rivales había sobrevivido al Armisticio del Bósforo. Además cada persona sabía lo que debía ingerir para que su organismo funcionara salubremente. Un sofisticado programa avisaba por el kiik cuando el individuo debía cambiar de dieta o actividad. Hacía mucho tiempo que no había obesos más que entre la población retro que habitaba la superficie.

El vehículo empezó a balancearse como un telesilla sujeto por el techo. Mirando al norte, tras una interminable fila de autos, se veía la salida a cielo abierto. El balanceo se hizo más intenso y comenzaron a chocar con el de delante y el de detrás. Al ponerse en marcha, los vehículos levitaban a pocos centímetros del suelo, convirtiendo aquel garaje en una olla a punto de hervir. El arranque del inmediato anterior hizo que el auto de Sarah saliera tras él al exterior, donde la naturaleza brindaba un sugestivo amanecer. Se dirigió al norte siguiendo el cauce del Río Hudson en medio de un denso tráfico aéreo. Durante el viaje pudo admirar el sol besando el horizonte del casquete polar y los robots-cosechadoras laborando los cultivos en las inmediaciones de las surbo. Cualquier visión desde la altura le conducía a imaginar la Tierra

rompiéndose en trozos. El compañero, que era estudiante de cartografía astral, le dijo que había una remota posibilidad de que el bólido chocara contra otro aerolito antes de llegar a la Tierra.

Su estancia en Hong-Kong tranquilizó a su madre. La mujer estaba muy preocupada porque las personas no podrían elegir ya la fecha de su muerte y los bebés de los centros de natalidad no vivirían más que los años que tardara la colisión. Su amiga Liz Park le sorprendió con la noticia de su maternidad. Nada más conseguir la licencia de periodista había encargado un bebé y lo primero que hicieron las dos fue ir a visitarlo a la FONA. Desde el siglo XXII los niños se encargaban a la FONA, abreviatura del vocablo esperanto "Fondajo Naskigo", fundación para la natalidad. Los cambios sociales acometidos durante el siglo XX para equiparar al hombre y la mujer, unidos al desmesurado aseo e higiene promulgados durante el XXI y el miedo al contagio de enfermedades, terminaron con el contacto sexual. Desde entonces los humanos se reproducían mediante fecundación y gestación "in vitro". Tampoco existía la familia como célula social. Generalmente las personas sólo conocían al progenitor que las había encargado a la FONA y se independizaban a muy temprana edad.

En los días que pasó en China, Sarah tuvo una visión nueva de la noticia del fin del mundo. Su amiga había entrado a trabajar como meritoria en la policía y estaba muy al corriente del asunto. Sarah volvió a Nueva York a terminar sus prácticas, pero la visita a su tierra no hizo más que enardecer su interés por el caos. Ahora tenía una visión más global del asunto y estaba dispuesta a compaginar las gacetillas de la actividad académica y su trabajo de fin de curso con el periodismo de investigación en torno al asunto que copaba la atención mundial y que ocuparía las primeras planas de todas las pantallas del mundo durante los próximos noventa y tres años.

Capítulo IV

Núremberg, mayo de 2869

El Centro Europeo para el Desarrollo Espacial, CEDE, estaba soterrado bajo una extensión de veinticinco hectáreas. En los extremos oriental y occidental, donde se abrían los accesos, el suelo se convertía en puerta corredera que daba paso a una escalera y un ascensor para descender a los cinco subniveles. A unos cincuenta metros de cada portal se abrían las rampas de entrada a los dos parkadzonos y junto a estas estaban los dos nazos por donde se ventilaba la construcción. Allí desarrollaban su actividad mil quinientas personas, repartidas en cinco departamentos, que ocupaban cada una de las plantas. Amadeo trabajaba en la primera, que era el departamento de propulsión y en aquella época desarrollaba un proyecto para transportar materia usando ondas de radio como vehículo. El invento perseguía dotar a las naves espaciales de un sistema de abastecimiento de combustible, que era la principal limitación para el viaje interestelar. Hacía siglos que se había dejado de usar combustibles fósiles. Entonces las formas de energía más utilizadas eran la foto-estelar y la nuclear y en menor medida la combustión de hidrógeno.

Doscientos años antes, a comienzos del siglo XXVII, cuando se firmó la paz mundial, se aceleró la exploración del cosmos. China había construido un potente telescopio y lo había lanzado al espacio con la intención de que alcanzara la estrella Alfa Centauri, que está a treinta y ocho millones de millones de kilómetros de la Tierra. El Jíng tardó algo menos de cuarenta años en alcanzar su destino y desde entonces se